

máxima eficacia cuando coincide el impulso genésico del pueblo elegido con una ocasión extraordinaria.»⁵

La caracterización de esa que él llama «ocasión extraordinaria», tuvo en Marañón indudable originalidad. La consideración de que el descubrimiento marca un momento decisivo para la Humanidad por clausurar toda una edad histórica y abrir lo que va a ser la «modernidad», la nueva visión del mundo que llenará el orgullo renacentista, es repetida por muchos historiadores y filósofos.⁶ Pero Marañón, muy médicamente, ha visto la nostalgia, el presentimiento de América, como «la neurosis de la Edad Media», y varias veces volvió sobre esta idea.

El largo transcurrir de los siglos medios, ocho centurias que conocieron tantas cosas, desde la noche de los terrores del primer milenio hasta los ejemplos más sublimes de la santidad, desde las luminosas síntesis del siglo XIII hasta la fatiga intelectual que acompaña al pensamiento perdido en sutilidades, desembocó en un anhelo de universalidad no alcanzada, en un presentimiento de algo que debía venir para satisfacer lo que se sentía incompleto.

Como científico naturalista sabía que nada, ni en la naturaleza ni en el pensamiento, progresa *per saltum*, y por eso advertía lo insólito de esa súbita satisfacción, sanadora de una «neurosis histórica» manifestada en angustias y presentimientos seculares, como la que brindó a la Humanidad la aparición de América.

«Nada hace, en efecto, pensar tan hondamente —nos dice— en el arcano de los designios divinos como el hecho de que una porción inmensa de la tierra habitable, con sus mares infinitos y con sus civilizaciones milenarias, haya permanecido ignorada del otro mundo hasta una etapa tan alta de la evolución de la Humanidad. Todo progresa en el planeta por grados suaves y progresivos. Mas el hecho de la incorporación súbita de la mitad del planeta a la otra mitad, y, en apariencia, sin una red previa de lógicos antecedentes es, sin duda alguna, fenómeno insólito y desconcertante en la interpretación de la historia humana.»⁷

Su mente, estimulada por lo sorprendente, le lleva a considerar lo que hubiera supuesto que un Colón hubiera roto el misterio del Atlántico, por un azar, en los comienzos de la Edad Media. «Hubiera producido un hecho de trascendencia histórica: la supresión de la Edad Media.»

Este vuelo de la imaginación no podía detenerse para él en un contacto ocasional con las costas del Continente ignorado. Piensa en un descubrimiento seguido de presencia, de verdadero afán de descubrir para conocer lo desvelado y satisfacer algo tan profundo como completar el conocimiento del mundo. Al darse éste en el descubrimiento y colonización de América por España, ambos supusieron «una contribución

⁵ Prólogo a la obra del Dr. Riquelme Solar *Médicos, farmacéuticos y veterinarios en la conquista y colonización de América*. O. C., I, p. 317.

⁶ El historiador José Antonio Maravall ha escrito con mucho acierto que «la aventura de los españoles en América fue uno de los primeros y más grandes hechos del hombre renacentista, nuevo personaje en el escenario de la modernidad». En su discurso de ingreso en la Academia de la Historia, Los factores de la idea de progreso en el Renacimiento español, 1963, p. 108.

⁷ «España en la historia de América», discurso al XXI Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla, 12-X-1935. O. C., II, p. 339.

inmensa a la creación del hombre, y no sólo al que poblaba el continente nuevo, sino al hombre occidental cuya personalidad no pudo completarse hasta que el mundo dejó de terminar en el misterio de Finisterre. No se ha estudiado todavía lo que representaba, en el habitante de Europa, hasta el siglo XVI, la inquietud de un más allá, ignoto aquí, en la tierra, además del más allá celestial. Hay una nostalgia del bien que presentimos más turbadora que la nostalgia del bien pasado; nostalgia a veces inconsciente, pero capaz de apretarnos la vida y de frustrarla. Y esa sutil nostalgia de lo futuro, de lo misterioso, del Nuevo Mundo desconocido, es lo que da carácter a la psicología individual y colectiva de la Edad Media. Por eso, al desaparecer después del descubrimiento, la humanidad se transformó, sin darse cuenta, con un ritmo gigantesco, infinitamente superior al que pueden originar las más resonantes conquistas de nuestra época.»⁸

Quince años antes de este texto había ya desarrollado la misma idea en un artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires, en el que enjuiciaba la contribución científica de la República Argentina: «La otra fase de angustia colectiva, la que sobrecoge a la humanidad en los años últimos de la Edad Media, se atribuyó a la anarquía de los señores feudales y a la incapacidad de los reyes. Hoy podemos asegurar que esta angustia era sencillamente “el presentimiento de América”. Nadie podía pensar entonces que aquel desasosiego anárquico, que aquella inquietud de toda Europa, que parecía, como ahora, querer suicidarse, era que el alma continental se orientaba ya hacia el Nuevo Mundo. Europa no sabía aún que existía América, pero, sin saberlo, la necesitaba ya.»⁹

Esta valoración del significado del Descubrimiento es tan central en su pensamiento sobre América, que siempre he lamentado que, al parecer, no haya sido conocida por Germán Arciniegas, que tiene un hermoso libro, *América en Europa*,¹⁰ que se abre con un capítulo titulado «El Continente presentido». A buen seguro que, de conocerlo, no hubiera dejado de recordar al médico e historiador español como anticipador de alguna de sus ideas. Y aún, quizá, hubiera matizado o completado alguna de las que desarrolló en otro capítulo del mismo libro, el dedicado a «La revolución española del siglo XVIII», porque Marañón fue un conocedor excepcional de la evolución del pensamiento en ese siglo y su atención se detuvo muy señaladamente en las repercusiones que tuvo en la América virreinal.

4. América y el desarrollo científico

Por razones de su formación, el doctor Marañón fue muy sensible para la estimación de lo que América significó para el desarrollo de las ciencias. Para él, la aparición del Nuevo Mundo no fue «sólo el completar el conocimiento y la civilización del mundo, sino la conquista perpetua del mar para los hombres; y la iniciación de la etapa decisiva de las ciencias físicas y naturales».¹¹ Lo fue para toda Europa, que se sintió impulsada

⁸ «La ciencia española y su contribución al mundo actual», Salamanca, 10-X-1953. O. C., II, p. 487.

⁹ «El libro científico en la República Argentina», *La Nación*, Buenos Aires, 18-XII-1938. O. C., IV, p. 469.

¹⁰ Publicado por Plaza & Janés en 1980.

¹¹ *Ibidem*, nota 9.

a revisar no pocos capítulos de un saber en el que se había sentido instalada, y a emprender la elaboración de concepciones ajustadas a la nueva realidad del Universo. Pero en primer lugar para España. Marañón señaló el Descubrimiento como el segundo gran momento de la ciencia española, porque en torno a él «surgió una fiebre de curiosidad y de necesidad de resolver problemas nuevos y de buscar interpretaciones distintas a las formas de vida que nacían a los dos lados del mar. De aquí el formidable movimiento teológico, filosófico, político y biológico realizado por los pensadores, geógrafos, naturalistas y médicos españoles...».¹²

Este don hecho al saber humano por América con su sola aparición, no lo concebía Marañón ceñido a unos años precisos en que la insólita naturaleza se ofrecía a la curiosidad ávida de los europeos, sino para siempre, porque, decía, «América, como hecho biológico, será eternamente un mundo nuevo, abierto al descubrimiento perenne, para los hombres dotados de sentido humanista».¹³

Esto explica el interés con que siguió las actividades científicas de los especialistas americanos, singularmente, por razones obvias, los de la profesión médica, y el entusiasmo con que saludaba la aparición de sus libros y publicaciones. Se complacía en recordar, como una enseñanza que había de seguirse, la comunicación establecida en el siglo XVIII entre el Padre Feijoo y los estudiosos americanos, espejo en el que creía debían mirarse los hombres de ciencia hispánicos de ambas orillas del océano.

Su devoción, bien conocida, a esta gran personalidad del mejor espíritu ilustrado, se fundía con su amor a España y a América. En una conferencia pronunciada el 21-II-1953, en la cátedra Hispano-ecuatoriana del Instituto de Cultura Hispánica,¹⁴ habló así: «La influencia del feijonismo en América fue también muy importante... La influencia de sabiduría y de comprensión de Feijoo voló sobre el mar y cayó en América en el momento propicio, a la vez que aquí. Es sabido que ningún otro libro español tuvo entonces... la inmensa difusión y popularidad de los volúmenes del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*. Las copiosas ediciones, según salían de las prensas, se difundían por el ámbito hispánico».

Y recordó luego los sabios americanos de aquel Ecuador dieciochesco, cultivadores de la ciencia, ávidos de informarse y conocer, a los que hoy contemplamos como un friso, pleno de color, de figuras que componen la ilustración hispánica de América. Desde otro fraile, éste franciscano, fray Vicente Solano, «el Feijoo del Ecuador»,¹⁵ hasta Pedro Franco Dávila, naturalista nacido en Guayaquil, que llegaría a ser asesor de Villanueva en la construcción de nuestro Museo de Pinturas del Prado, cuando se proyectaba como Museo de Ciencias Naturales. Y el doctor Mascote, médico y poeta, que escribió sobre la fiebre amarilla en un castellano admirable; o Pedro Vicente Maldonado, geógrafo, amigo de La Condamine.

En esta conferencia Marañón nos dio uno de los textos más importantes de su pensa-

¹² *Ibidem*, nota 12.

¹³ *Ibidem*, nota 11.

¹⁴ *Ibidem*, nota 6.

¹⁵ Recuerda que Solano escribía en su Segundo viaje a Loja: «Lo que el sabio benedictino decía en su patria, digo yo en la mía».

miento americanista, y de particular relieve para el conocimiento de nuestro siglo XVIII en América.

Pero junto a él, siempre dentro de esta temática científico-americanista, habría que poner otro, mucho más breve, de 1749, titulado, «Una mañana, en una celda», y cuya lectura es un placer por su belleza de forma y de fondo. Su atención estuvo allí centrada en discurrir sobre las posibilidades futuras de la contribución americana.¹⁶ Feijoo escribió en 1728 un ensayo titulado «Mapa intelectual y cotejo de naciones», que levantó grandes ataques contra él. Para combatir los errores de las réplicas publicó dos años después, en el tomo IV del *Teatro crítico*, otro titulado «Españoles americanos». Marañón observa cómo para el sabio benedictino el porvenir del Nuevo Mundo «había de fundarse en la creación de una raza nueva, nacida de la fusión de las dos, la española y la aborigen del mundo occidental». Y todavía agregó este comentario: «Feijoo proclamaba, no ya la paridad intelectual entre los habitantes de uno y otro lado del Atlántico, sino que, en varios aspectos, afirmaba la superioridad de los americanos».

Marañón vio la plenitud de América en el siglo XVIII. El poderoso atractivo que este siglo tenía para él, le hizo siempre mirar con especial benevolencia lo que representó en España y en América. «América —escribe en su ‘Visión de América a través del Ecuador’— nació en la aurora de la civilización humana mejor concebida, la del siglo XVIII auténtico, quiero decir el que seguía al gran esplendor de la Europa renacentista y no al que infiltrándose en su gloria y en su buena fe, preparó la Revolución.» Y en otro lugar del mismo texto: «El espíritu nacional americano se forma y adquiere su madurez en esa centuria. Y basta el hecho de su madurez para explicar la Independencia».¹⁷

Por todo ello, como casi todos los españoles con los que él enlaza formando la corriente de recuperación que vimos al principio, también movió su pluma para rechazar los tópicos ataques de la leyenda antiespañola.

5. América y la leyenda negra

Esto lo hizo de la forma reflexiva y serena que imponía su hábito razonador y su profundo conocimiento de la historia, reforzado por otro no menos profundo sobre la psicología humana, de hoy y de ayer.

En repetidas ocasiones trató de esto, pero hay un texto muy significativo porque precisamente fue el de una conferencia pronunciada en la cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Buenos Aires, en mayo de 1939, y para saludar con satisfacción de hombre de ciencia la obra que un colega americano había publicado recientemente. Se ocupaba su autor, el médico peruano doctor Juan B. Lastres, de un tema del mayor interés: *Las enfermedades nerviosas en el coloniaje*.¹⁸

Señaló don Gregorio el gran interés del cúmulo de datos e informaciones que allí

¹⁶ O. C., III, pp. 692-693.

¹⁷ *Ibidem*, nota 8.

¹⁸ O. C., III, pp. 525-528.